

### 3. COMANDANTE VILAS

Acabo de regresar de La Habana. Cuando ya creía que mi cita con Fidel iba a ser imposible, mi amigo Goyo Cifuentes, escritor, íntimo de Fidel y lector mío (sí, un milagro), consiguió que lo imposible se hiciera realidad. No más de veinte minutos. El tiempo de saludarse, el tiempo de que Fidel se beba un vaso de agua y tú lo que te plazca, eso me dijo Cifuentes. Llámale comandante; no te olvides, Vilas, de llamarle comandante. Vinieron a buscarme a mi hotel a media tarde, subí a un coche oficial con las ventanillas tintadas, opacas, y dimos un paseo muy largo, hasta llegar a una casa en el campo, rodeada de muros y militares. Caminamos por unos pasillos despintados, hasta alcanzar una puerta ante la que nos detuvimos ceremoniosamente. Fidel se levantó y saludó primero a Cifuentes. Luego Cifuentes me presentó. Fidel comenzó a hablar de literatura, de Lorca y Carpentier. De repente, me preguntó que cómo había visto La Habana. Yo le dije “comandante, La Habana es el paraíso”. Fidel sonrió y dijo “vaya con el gallego”. Y siguió hablando de los primeros años de la revolución. Luego se puso a hablar del *Frankenstein* de Mary Shelley. Y me hizo otra pregunta: “dígame usted sinceramente qué piensa de la revolución”. Y le dije lo que pensaba “si Hernán Cortés hubiera estado vivo en 1959, su nombre hubiera sido el Comandante Cortés”. Al despedirnos, fui yo quien le pregunté: “Comandante en jefe, dígame algo del Che Guevara”. Cifuentes se sorprendió no con la pregunta, sino con la respuesta. “Llevo cuarenta años preguntándome quién era el Che, cuarenta años leyendo sus discursos y sus diarios, mirando las fotos, recordando todas mis conversaciones con él, recordándolo todo, hablando sobre él, y me voy a morir sin saber quién era”.